

HIPÓCRATES QUIERE SER ZENÓDOTO... EL CURIOSO CASO DEL PORTERO DEL LICEO HIDALGO

Francisco Mercado

Los críticos son como algunos médicos, que pueden tener tranquilo su juicio y conservar fría su razón, observando una enfermedad, mientras se retuerce de dolores la víctima, y hiere los cielos con sus alaridos de angustia; pero el padre, el amigo, el conocido del doliente, ¿pueden poseer esta bárbara imparcialidad, que, sin embargo, se llama buen criterio y refinado gusto?

Guillermo Prieto, “Carta al Sr. D. Florencio M. del Castillo”, Tacubaya, 17 de mayo de 1851.



En 1831, en la Ciudad de Querétaro, nació un médico, político y escritor —figura poco estudiada de la segunda generación reformista— a quien se reconoció en su tiempo por permanecer siempre fiel al liberalismo puro y al nacionalismo literario encabezado por Ignacio Manuel Altamirano. Hilarión Frías y Soto —quien profesó bajo el halo protector de Hipócrates— en algún momento torció el sendero para formar cofradía con Zenódoto de Éfeso, primer bibliotecario de Alejandría y uno de los primeros críticos de la Antigüedad grecolatina. Fue la prensa de la Ciudad de México uno de los areópagos en los que alzó su voz crítica, esta vez bajo el seudónimo de El Portero del Liceo Hidalgo y con la misión de defender férreamente los principios enarbolados por esta

asociación literaria crucial para el devenir de nuestras letras. Publicando un estudio crítico por primera vez en la segunda época de la revista *El Renacimiento*, en 1894, así como en su habitual *El Siglo Diez y Nueve*, Hilarión Frías y Soto emerge —nacionalista en pleno rito— de sus raíces prehispánicas sosteniendo cual sumo sacerdote el miocardio del llamado “poeta del hogar”, Juan de Dios Peza, demostrando de este modo que en sí mismo se fundían el humanista del cuerpo y el de la psique:

Voy a analizar esa alma, y cuide usted, Juan, de no lanzar un grito de dolor al sentir en la masa muscular de su pecho el filo helado y cortante del escalpelo. Esta vivisección será cruenta, pero así lo exige el deber del crítico; si ha de revelar a México lo que es y cuánto vale uno de sus mejores, uno de sus pocos poetas, necesito mostrar en mi mano, sangrando y palpitante, el corazón del que ha escondido sus dolores sin tasa, sus sentimientos sin medida y sus desengaños sin limitación, bajo puñados de mirtos y rosas.¹

He aquí una prueba fehaciente de que este galeno y émulo del ticitl mexicana percibía un vínculo indisoluble entre la constitución orgánica y la disposición psíquica de un literato. En el mismo ensayo crítico sobre Peza, el doctor Frías y Soto —haciendo honor a una visión de lo femenino inherente a su siglo— escribe sobre el inevitable desengaño que debía seguir al matrimonio, ya que él y sus coetáneos fueron víctimas y victimarios de esa criatura humana que encerraba entre cuatro paredes y de quien exigían la perfección moral y estética:

Sobre esa plancha fría de las disecciones, cubierta con carnes disecadas y vísceras sanguinolentas, se olvida el lecho cubierto de azahares marchitos y camelias entreabiertas, donde despierta la virgen de ayer, al amanecer, tras la noche nupcial [...] Y

hay, Juan, una autopsia más terrible y desconsoladora que la que se hace con el escalpelo, la que se

hace con la mente, cuando la imaginación desgarrara velos, descubre llagas y disecciona contornos.

Novena Época.— Año 83.

MEXICO.— Sábado 17 de Febrero de 1894.

Tomos 105.— Núm. 16,851.

Director y editor propietario: Licenciado Luis Pombo. Administrador: Sebastián Cortés. Redacción y Administración: Calle del Sur 101. (Hospital Real N.º 2.)

LA GLORIA. JUAN DE DIOS PEZA. (Del Renacimiento.)

Usted, Juan, sabe todo eso que se sabe de escribir, y lo sabe vd. mejor que yo. Sin embargo, ante esa delirante exaltación del eclesiástico ascado vd., como una protesta, como una negación, su cabezacheada ya de laureles, de más laureles de los que pueden soportar las sienes de un mortecino, de uno de nuestros los desgarrados por la calamidad y laavidia en nuestro suelo, los desconocidos, los enajenados como nosotros en Europa. Esos laureles, esos aplausos que han tributado a vd. los poetas de España, los poetas de la América del Sur, los que en Italia vienen a su bello idioma el más bello verso de vd., son un insulto a mi estomago literario. Y vd., que siempre está, bajo la calienta bóveda de un cráneo, como el judar de un mundo en el período platónico de su génesis, como ebrioso de lava hirviendo colatido por los circunvoluciones de su cerebro; vd., que se deslumbra con el ramillete de lazos florísticos que brotan inagotablemente de su sustancia gris, y siente en esa irritación febril latir sus sienes lavadas con el martillito de su arteria sistólica; vd., que siente moverse en su corazón en un desorden tumultuoso como si quisiera vivir en un minuto la vida de los siglos y quemar en un segundo el oxígeno de la atmósfera entera, vd. no puede dejar de escribir. Y aunque como yo, dudara vd. de la gloria, de esa hipocrita engañadora del poeta, de esa cobarda aduladora del genio, de esa Mecenas de los emperadores y de los reyes, escribirla vd., versos, como son los de vd., sonoros, heróicos, como siempre serán aplaudidos, y donde quiera que se oigan un eco de admiración. "Gloria" vd., como canta el clarín de esas tropas silvas, como canta el zambullo de los bosques; aquel, repitiendo en su estridente albedío el eco secular del grito de guerra atencioso, los tristes ecos de la raza prosaica y conquistada por el europeo. Para vd., Juan, el verso no es una ficción, no es un esfuerzo mental, no es la fatiga que causa al poeta de arrojarse que lucha para encontrar una idea, buscándola entre las olas fugitivas del consonante. Para vd. el verso es un idioma que, fácil, envuelve la idea y la emite en palabras sonoras en un entusiasmo, en ondas trovadas y musicales. La prosa es para vd. un ensuciamiento, por más que sea vd. un conversador simpático para su auditorio, pero caído en vd., desdichado, y será su palabra fulminante, llevada incrustada un pensamiento lúcido como el diamante, pero una palabra es breve, rápida y cortada. (Recuerda vd. a Ovidio?) Muy joven, como vd., Juan, comenzó a escribir versos, contrariando la voluntad de su padre, que llegó por cito a imponer castigos y a interponer también sus más

carifonas súplicas para afrancarlo del siempre caudil sendero de la poesía; ni su Ovidio, caído a la concepción moral del arte que tanto amaba, le ofreció no componer ya más versos; pero formuló su promesa de una manera inconsciente, es un verso fugidísimo: "¡Jura, jura tibi mactatum compingere carmina!" Entonces se dejó a Ovidio seguir por ese camino que primero ostenta fuerza en sus bordes y que se pierda después en una maleza de cardos y de abrojos. Eso, Juan, es lo que ha encontrado vd. también en su vida. Et dicitur otros, como lo han hecho ya, los versos de vd. en sus contornos retróicos, en el entusiasmo de sus construcciones y en la deliciosa música de su consonancia. Cuéntan aquellos cómo han sentido su garganta, estrangulada por un sollozo reprimido, al leer en El Canto del Abuelo este admirable fragmento, en que el poeta habla con su hijo: "Y se miró el si te viera Tan crecida qué dijera? Andar ágil lo vería No recordas, hijo mío, Cuando me juraste los dos? ¡Juntos Oriente y Occaso! El marchaba paso á paso Tras de ti... Y tú lanzabas un grito! —Corre, alcanzame, abuelito, Más aprisa... más... así! Me parece que lo escuché? ¿Te acuerdas? ¿Lo quieres mucho? ¡Es del Ta memoria no lo olvidé? ¿Cada noche, hijo querido, Le pides a Dios por mí? Muchos los días lo queremos Y en eso nos parecemos, ¿No es verdad? Iguales somos en eso, Muy iguales: dame un beso Que suene en la eternidad. Aquí no hay, como canta la canción de moda, "ciclones de la vida que baxan la tragedia del infante para forjarse una gloria de bronce que sirva de cumbre a su inmortalidad"; todo es sencillo, tierno y melancólico, porque es natural. Por eso al leer esos versos de vd., han sentido gotas de fuego en su conjuntiva cuantos tienen un padre en la tumba o un hijo en eso que vd. llama "el mañana"; empujado en destrozadas las turgencias formadas de la Países para ver si encuentran en sus senos ese ideal que todos perseguimos, yo no estudio más que el alma del poeta; sordamente lo abasardó, insoluble del problema. La crítica aplicada al arte, me parece innecesaria. Estudiémosla que un refugio al verdadero arte, no a la nube de posturas que tan pronto es en dar a las calipso latina, ni a los pintores de mueras, ni a los escultores en madera destinada a figurar críicos y santos en los templos. Estos parodistas del arte no merecen el análisis científico; basta saludar sus obras con un soplo en el buco cañón de una llave. El verdadero artista, el verdadero poeta, se imponen a la admiración basados con todos sus defectos, a pesar de ellos y quizá por ellos mismos. Ir a buscar en el clásico de un poeta, la sintaxis del académico, la regla métrica de la silaba y la precisión ideológica del pensamiento, es tan innecesario como inútil. Villergas escribirla juicios chopositos y sarcasmos sobre los versos de Zorrilla, para algunas generaciones del futuro se elestarán todavía con la música admirable de sus estrofas, y con el desenfrenado lirismo de sus imágenes. Por eso, Juan, yo no sé a explorar en los libros de vd., porque en sus versos sí hay periferias, ni hipérbatos, ni exocismos en el verso, ni hipérbatos defurmas, ni estipsis impropia, ni alegoría violenta. Tampoco estudiaré al caudillo vd. bien entendido, si los sercotes de que vd. usa y abusa son apropiados al argumento que escierza, ni si en la medida vigila vd. sus dactilos, y sus espondeos. Espondiendo que ingratos y no delictos trabajo, si fuera profesor del primer curso de literatura.

Y sólo sé que los versos de vd. brotan de su alma en un afán de inspiración, como si el Dios de fuego que alienta dentro de su cráneo fundiera la nieve que el viento del desierto acumula en su frente de pensador; yo sólo sé que esa inspiración, diluida en trovas fáciles y sonoras, corre como un río cristalino y transparente, que ya recoge la imagen del árbol que le tirado su verde follaje, ya la estrella que clita en la inmensidad, ya el sol que rompe y desgarrará la nube con sus rayos, brillando como sólo brilla el sol de nuestra patria. Tras de tanta armonía, tras de tanta belleza, sólo me preocupa el alma de vd., el alma del poeta. Voy a analizar esa atmósfera, y caído vd. Juan, de no lanzar un grito de dolor al sentir en la masa muscular de su pecho el filo helado y cortante del escalpelo. Esta vísceración será cruenta, pero así lo exige el deber del crítico: a ha de revelar a México lo que es y sólo vale uno de sus mejores, uno de sus pocos poetas, acasos amarrar en mi mano, sangrado y palpitante, el nudo del dolor que ha escondido sus dolores sntas, sus sentimientos sin medida y sus desgarrados sin limitación, bajo puñados de mitos y rosas. Usted, Juan, el indolente, el apático, el que aparenta un sarcástico desdén por todos los afectos, por todos los amores, menos el de su hijo vd., que juzga la gloria como la judge yo, un fuego fático que sólo brilla en las tumbas para disiparse con la aurora; vd., detrás de su careta de escáptico, lleva un luminoso dolor, una creencia que seputa dentro de su alma, para que no se marchite en el impuro ambiente en que vivimos. Al hacer esta revelación, no soy indolente vd., no quiero la vida escapa en cada uno de sus conocimientos, y vd., quien de una manera insensible hace en ellas la autobiografía de su alma. A ese dolor que caló la inspiración de vd., hndóse fuego de infierno y tomas de bronce, yo no podría no recordar, pero vibra frente de indignación santa y hora de un eco carterito imitables. "Tienes, como Luzbel, formas tan bellas Que el hombre oíría al verte, enamorado. Que son tus ojos negros dos estrellas Voladas por la sombra del pecado. Y no turbas, hipérita, el reposo Del pobre bogar con que tu falta escudada, Porque á besar te atreves al espaso. Como besara á Jesucristo Judas. Desdén los sagrados emblemas Del cetro bogar de la mujer honrada. Y andas ocultas, al vender tus besos, Los llamas del infierno en tu mirada. En este siglo en que el honor cae. No te ha de peonar ni el vulgo cae. Hicieron más que las piedras de Jada Los dardos de la burla y el desprecio. Mañana, enferma, pobre, abandonada, De la mundana compasión proscriba, El Honor, cuando mueras gangrenada, Sobre tu losa escribirá:—"Maldita". No, Juan, no conoce vd. el mundo moderno, ni el mundo en que vive; hoy no se valdica ya el honor en un tal frígido y delatante que se llama la virtud de la mujer. El honor es un individualismo inconcupible, que, radicado en una personalidad, no se puede regregar de ésta un átomo semejante, para confinarlo a responsabilidad ajena. La mujer del bogar, la mujer educada en el trabajo y cultivada en un ambiente puro, tiene la conciencia de su deber, y su consuetudina es mejor blindaje: convertida en la maestra del santuario doméstico, más que el honor del esposo, conserva inmaculado el suyo propio, que lo sobre y le basta para alcanzar el respeto humano. Pero la joven arrebatada por el torrente de ambiciones precoces y afectos al bajo valdido... Juan, medite escrito sus tiempos de honor al el árbol genealógico de su honrada progenie sobre la onda marítima. Si yo fueras poeta, como vd., cambiaría el último escudero, y sobre la losa que guardara los restos de esa mujer, escribiría... pondría por el algún hijo suyo gemido sobre el mundo.

Y las creencias! ¿Pues qué, creó vd. en algo, Juan? Y no hablo de ese fe honda é ideal que su honradísimo padre debió cristar en su alma de niño. Refléjome á esa serie de espejismos que acompañan al hombre en su fado por la tierra, y que le hacen soñar algo para más allá de la tumba. De el amor, la amistad, el patriotismo, los lauros científicos, la fortuna, el respeto social, los aplausos, los plácemes... de todos estos rayos de aurora boreal, que iluminan la primavera de la vida y hasta los nieves del hijo del poeta. De esa composición helada de esa alma? El amor... después hablaremos de esa necrosia que ha sido siempre el fuego que ha calentado la inspiración de los grandes poetas, y aun de los pequeños, como emanación fosfórica del organismo. Qué ha sido para vd. la amistad, y que sentimiento vibra en la mayor parte de sus versos. En la portada de uno de los libros de vd., RECORDOS Y ESPERANZAS, se vé, como un espléndido pórtico de flores, una composición de Sospavros, la morada campesina, la residencia señorial de la virtuosísima dama, Sra. Concepción G. de Adams, en cuyo regazo se abrigaron un día de tempestad los hijos del poeta. De esa composición tomamos las siguientes quintillas: Cual gótico castillo legendario, Sobre praderas de esmeralda amenas Levantas en el campo solitario, Justo al humilde, alegre campesano. Tu frontón coronado por almenas. ¡A cuánto bienestar tu calma invita! En ti reina la paz que ardiente anhelo Para aliviar la pena que nos agita. ¿Cuánta envidia me da tu cruz bendita, Que alza sus brazos al azul del cielo! El combate del mundo me ha dejado Enfermo el corazón, el alma fría, Triste el presente, el porvenir abatido, Y para siempre yerto y apagado El que fué sol de la esperanza mía. ¡Oh sagrada amistad, sol de consuelo, Eterno cinto que mi pecho abraza, Único alivio a mi constante duelo, Único estrobo de mi triste vida, Deja que con el alma te bendiga! Y en todo el libro, y en otros libros de vd., Juan, casi en todos encuentro recuerdos de afecto, de admiración y de entusiasmo, correspondidos á sus lindas amigas, á sus amigos, á sus compañeros de trabajo y glorias literarias. El, tiene vd. razón; para vd., la amistad es un culto, pero, ¡ojalá!, y como todos los cultos mundanos, no comprenda vd. día que ha adorado dioses falsos! Que un dios político no lance a vd. a ese Panteón tristísimo, á donde fué á cantar Ovidio, á ese desierto donde van á morir los que pasan justo al poder con las manos puras, y así las conservan siempre; que un día se vea vd. enfermo, lacrimoso en el lecho del dolor, la miseria sentada á la cabecera, y la muerte á los pies esperando avida é impaciente. Entonces, Juan, busque vd. amigos en torno suyo... y ¡cuánto feliz si encuentra a su lado dos sientral! Yo estaré allí... ¿Vd. lo sabe! ¿Y el patriotismo? (Continuará.) HELARDO FERRAS Y SOTO.

VESPERTINA.

A Esta 6. Noche. Partí porque debía abandonar mis lares, á del honor los lares... desconocer cobardes; Y no lo olvida, alivia en el dolor, al darme un beso; mis posturas, mi balsa y santa madre Me dijo, señalando que misos vacilante un astro en la profunda esfera insensurable "Contempla ese lucero que brilla en los instantes que el sol brin al ocaso, y sé su amigo y amante. Yo te veré en un espejo en el taxista verame y así, no habrá ni tierra ni mar que nos separe. Sus rayos argentinos irán donde te hallas como los besos maternales; Y volverán trayendo un astro en la profunda esfera insensurable al bilanso que alivia mis penas infelices!" Partí del cielo patrio quedando los colores ocultos tras las brumas de olivas invernales; Y desde entonces siempre busqué la estrella en baldo por la celeste altura con ojos ausentes. Velada siempre estubo, tal vez, para discurrir que otro velo de memoria cubría mi hogar distante... Por eso hoy que abatido recorro á mis hogares al verte en ese cielo del brilla rutilante, Paréceme que miro en tus sonrisas siempre paréceme que siento como de mi la vida. Y en mi osfrenda horrible mayor dicha no cabe, que la que llena mi alma después de contemplarte. Por eso siempre ausente te espero cuando sales... como de mi la vida, lucero de la tarde!... HEROLDO BLANCA.

A....

Los suspiros sus silva y sus al aire, Los lágrimas sus ojos y sus el mar. (Cómo ha mentido Recoguer al decirlo Como mente. ¿Verdad? Cuando se encuentra lejos la que se ama Como de mi la vida. El alma se renueva en mil suspiros, No cesa de llorar; Pero aquellos suspiros no son de aire Ni con el alma van; Son fragmentos del alma, que se alejan Hacia donde ella está. Las lágrimas que vierte no son de agua Ni corren hacia el mar; Es la sangre que mana de una herida Que abierta siempre está. Porque los negros ojos que la abrieron Ma la quisiera cerrar. Y el llanto agua no más! (Cómo ha mentido Recoguer al decirlo Como mente. ¿Verdad? RICARDO DUBOURG.

LA CUNA VACIA.

Balaron los ángeles, Besaron su rostro, Y cantando á su codo dijeron: —Venid con nosotros. Vis el niño á los ángeles De su cuna un toro, Y agitando los brazos les dijo: —Me voy con vosotros. Balaron los ángeles Sus alas de oro, Suspirando el niño en sus brazos Y se fueron todos. De la aurora pálida La luz fugitiva. Alumbra á la mañana siguiente, ¿La cuna vacía! J. SERRAN.

La centuria que entonces agonizaba —heredera directa del siglo de las luces, plena de arrogancia científicista y secularización en todos los órdenes de la vida— había separado en dos núcleos básicos a sus exponentes de la ciencia, el arte y la política: los liberales ateos y los conservadores creyentes en un orden espiritual superior. Sin embargo, ambos coincidían en una injusticia fundamental: la subordinación de la mujer al varón. Frías y Soto, como reconocido jacobino de su tiempo, enarbola un cáustico materialismo como antídoto al desencanto, cuya plasticidad se evidencia en las vísceras del anfiteatro. Como hombre de su siglo, atribuye injustamente el desengaño amoroso a patrones de conducta femeninos causados por la propia represión patriarcal.

Un par de meses más tarde, al comentar la autobiografía de Federico Gamboa, *Impresiones y recuerdos*, don Hilarión recuerda haber sido compañero de redacción de aquél en el *Diario del Hogar*, en donde al conocer su afición por escurrirse hacia los camerinos de las actrices europeas a su paso por la capital mexicana, le recomendaba no guardar vanas esperanzas debido a la —así entendida por él— inferioridad de nuestra raza:

Y en vano también quise que reflexionara usted que sólo debía producir una impresión de desprecio y aún de burla nuestra raza mestiza, amarilla, enclenque y casi darwiniana, a esas mujeres que han visto a sus pies, y aún algo más arriba, a la juventud europea vigorosa, pletórica y apolínea en la forma, chispeante de espíritu, y dorada con billetes de Banco.³

Asoma aquí el lector científico de su tiempo, creyente en el determinismo biológico de Darwin y Spencer. Al igual que uno de sus coetáneos notables, el gran polemista Francisco Bulnes, percibe acaso con objetividad o menosprecio

la constitución y aptitudes menores de la raza mexicana, cuyo mestizaje impuesto por otra estirpe “meridional y subdesarrollada” considera fatal conforme a su acendrado antihispanismo, que a su vez es producto de una transposición histórica que equipara a los conquistadores ibéricos con el criollismo elitista y reaccionario. En el mismo artículo sobre la obra del autor de *Santa*, Frías advierte —por otra parte— a Gamboa que los pocos editores que en México había en su tiempo eran leoninos en sus contratos e ignorantes del contenido de su propio arte, el cual sólo aprendían al leer el trabajo de los autores, expresando así la savia de la producción ajena: “También creo que ya otra vez lo dije a usted, Federico, o no sé a quién: esos editores, no todos por supuesto, se han ilustrado por inoculación, como el pastor en quien Jenner encontró la vacuna [...] ordeñando a la vaca”.⁴ En este sentido, el médico vuelve a asomar en su ironía sobre la ignorancia supina de los impresores, en concordancia con el estado de feliz inocencia en el que se hallaba aquel conejillo de Indias.

Más adelante, en 1894, al escribir sobre las incursiones del narrador español Benito Pérez Galdós en el teatro y sus puestas en escena en México, Frías sigue la doctrina de su maestro Altamirano y considera que es el novelista —principalmente— quien analiza con mejor instrumento y mayor precisión a la sociedad, de modo que escribe: “Para animar esa obra de arte, no roba como Pigmalión el fuego del cielo; recoge el hábito de su medio ambiente, recorre los círculos sociales y toma aquí el síntoma genésico que se llama amor; de allá la diátesis hepática que se llama odio”.⁵ El doctor Frías, hombre escéptico y de espíritu mundano, ironiza aquí las cuestiones del ámbito uranio al enfatizar el hecho de que tanto los sentimientos más sublimes como las emociones más primigenias en el ser humano responden a predisposiciones inherentes al

“

En 1894, al escribir sobre las incursiones del narrador español Benito Pérez Galdós en el teatro y sus puestas en escena en México, Frías sigue la doctrina de su maestro Altamirano

”

hay en todo aquel conjunto de formas, casi hercúneas, una riqueza de vida, y una exuberancia de virilidad, que revelan una sangre saturada de fierro e hirviente en glóbulos rojos que azota al corazón en nobles impulsos, y derrama en la masa encefálica chorros de sabia fecunda, que eflora en ideas y en pensamientos valientísimos. [...] ¿Pero la psiquis? —Eso, si existe, no la ha encontrado todavía el anatómico: el fisiólogo apenas conserva ese nombre convencional para designar el conjunto de facultades intelectuales, el todo de las funciones del cerebro. / Y como esa alma no hemos de sorprenderla en los rasgos fisiognómicos, excavaremos por otra parte; por la vida tempestuosa del poeta.⁶

En ciertos pasajes de su crítica resulta acaso paradójico que Frías exponga y enumere rasgos fundamentales de un organismo humano y que, en esta ocasión, niegue a su fisiología la capacidad de determinar su disposición emocional y estética. Luego, entonces, se aboca a rastrearla en la biografía del autor, de manera que se hace adepto de la dicotomía entre la carne y el espíritu cual ferviente católico.

Desde su postura como liberal radical, una de las obsesiones más notables en su pensamiento es el anticlericalismo —que se vincula con un vehemente antihispanismo—, tendencia ideológica que lo llevaba habitualmente a relacionar el agnosticismo con la razón y la templanza, así como a vincular el fanatismo católico con el misticismo y la concupiscencia. En este sentido, escribe con respecto a los personajes del dramaturgo español —muy en boga entre el público mexicano de mediados del Porfiriato— José Echegaray: “En esas almas españolas se levantan, más poderosos, apetitos indomables del éxtasis amoroso, porque se hacen más sensibles y apasionadas con la fustigación del misticismo religioso; fenómeno fisiológico ineludible, por-

que el cilicio y al disciplina son potentes afrodisiacos”.⁷ Acaso el conocimiento del lenguaje erótico de la *Noche oscura del alma* de san Juan de la Cruz o de los amores místicos de san Francisco y santa Clara, o tan sólo la mera suposición arbitraria de que el reprimir las pulsiones sexuales las acrecienta, lleva al galeno a esta conclusión lapidaria.

Hilarión Frías y Soto, el autodenominado “portero del Liceo Hidalgo”, quien vio entrar y salir de éste en su segunda época a las grandes figuras de la literatura nacional —y por ello también heredero de la Academia de Letrán— venera la memoria de un hito intelectual de nuestro siglo XIX. Evoca la figura y pensamiento de Ignacio Ramírez, el Nigromante, cuyo ateísmo celebra tanto como su valor y resignación al perecer a causa de un padecimiento hepático que no es específica. Escribe el médico y crítico:

Por muchos años vagó por las calles de México un hombre modestamente vestido de negro, de espalda encorvada, la cabeza inclinada hacia la tierra, el rostro citrino, el ojo con su pupila relampagueando en medio de una esclerótica ictérica, y el labio grueso y tostado dibujando una sonrisa burlona y atea [...] Pero un día ese hombre que sonreía con desdén en medio de los dolores intensos del mal orgánico que, como el buitre de Prometeo, devoraba su hígado, se levantó tranquilo de su sillón, se tendió en su lecho y murió valiente y sereno.⁸

Un rostro de palidez amarillenta, cuyos ojos cubría una capa opaca y blanquecina a causa de un exceso de pigmentos biliares en la linfa que recorría un organismo ya enfermo y condenado, es la triste imagen de un Nigromante ya cercano a la sepultura. Su conocimiento del mito de Prometeo nos lleva a creer que Frías y Soto había sido extensamente formado en el clasicismo

“

En ciertos pasajes de su crítica resulta acaso paradójico que Frías exponga y enumere rasgos fundamentales de un organismo humano y que, en esta ocasión, niegue a su fisiología la capacidad de determinar su disposición emocional y estética

”

grecolatino, y que desde esta tradición había echado de menos a un erudito tan egregio como el gran guanajuatense.

En junio de 1895, toca su turno a la obra del periodista y contrincante ideológico Trinidad Sánchez Santos. En esta ocasión el doctor Frías, al comenzar a analizar el poema *La calumnia*, pone énfasis en una cuestión de principios. En su texto, Sánchez Santos pergeña la figura de un médico —paradigma de un cientificismo sacrílego, para una mentalidad reaccionaria de la época— que, indiferente a los frenos de la moral, ejerce su concupiscencia en las pacientes muy a su placer y sin temor a las consecuencias. De manera que Frías explica a sus lectores el error de principios en que cree que Sánchez Santos incurre. Afirma que la profesión de la medicina (cuyos conocimientos científicos son para el poeta conservador ateos e irreverentes) no constituye el mejor caldo de cultivo para el voluptuoso pecado de sicalipsis:

Los vicios o las cualidades morales de un hombre emanan casi siempre del medio ambiente en que vive, y se desarrollan y crecen con sus hábitos, con su educación y con las exigencias físicas de su organismo. / El Sr. Sánchez Santos no hizo este estudio psicológico al crear su monstruoso doctor, lleno de lujuria y apetitos carnales. No es la ciencia médica la que más predispone a la exageración genésica ni a la satiriasis mental; al contrario, nada apaga tanto el apetito venéreo como el estudio anatómico de la mujer, y nada sofoca tanto la ilusión como ese eterno manejar la prosa de la vida que requiere el ejercicio profesional. / Cuando tantas veces se ha contemplado a la mujer tendida en la plancha del anfiteatro, las que para el poeta son curvas esculturales de estatua griega, para el médico son colchoncillos de materia adiposa llenando los intersticios de músculos rojos y laxos, con sus granulaciones de grasa blanca y

amarilla. / Cuando un médico ha visto en el lecho del dolor a tantas que imperaban en los salones y en los teatros por su altiva belleza, y que, marchitas y pálidas, tenían que descubrir a la forzosa exploración del sabio el pie tan bello en el baile, deforme y huesudo, o el tórax deprimido y plano [...] el médico ya no admira en la mujer sino los prodigios del afeite y de la moda. / El Sr. Sánchez Santos sabe que para el médico y para el cirujano se acaban todos los ideales en el hospital y en la clínica civil; y siempre que hay que tener un continuo y prolongado contacto con la raza humana, no quedan en el alma más que la desilusión, el desencanto y eso que el correcto poeta llama procaz materialismo, y que nosotros denominamos naturalismo. / Si Desdémona hubiera padecido cáncer del seno, cuya fetidez es intolerable, Otelo no la habría matado en sus celos de fiera; si Julieta hubiera tenido caries en su blanca dentadura, Romeo no le habría dado tantos besos al despedirse, cuando el canto de la alondra anunciaba la llegada del día. / Los amores intensos, profundos y perdurables, los apetitos lúbricos, vehementes y bestiales no los tienen los hombres de estudio y de ciencia, en los que el fósforo de su organismo se quema en el cerebro con tanto pensar, y nada queda para la función generatriz. / El Sr. Sánchez Santos pudo haber delineado un Doctor escéptico, cínico, descreído, materialista y hasta ateo, pero no un apasionado hasta el delirio, hasta el crimen. Para crear el tipo de un enamorado, le bastaba un artista, o un asceta, de los que por su alejamiento de la mujer y por la abstención son víctimas de las grandes pasiones.⁹

A partir del determinismo fisiológico y psicológico apprehendido y ejercido por el doctor Frías, se colige que para él el conocimiento directo y tangible de la anatomía femenina repelía el deseo erótico. Es decir, el cuerpo y la psique de la mujer encarnaban un largo desengaño secular. Su conocimiento del *Otelo* de Shakespeare da cuenta fehaciente de ello. Para un varón repu-

“

A partir del determinismo fisiológico y psicológico apprehendido y ejercido por el doctor Frías, se colige que para él el conocimiento directo y tangible de la anatomía femenina repelía el deseo erótico

”



Decano de la Prensa Mexicana.

MEXICO. — Sábado 1.º de Junio de 1895. — Año 24. — No. 107. — N.º 17. 23. 23.

Director y editor propietario: Licenciado Luis Posada. Administrador: Sebastián Cortés. Redacción y Administración: AVENIDA PORTER 10, N.º 21.—(CALLE DE VIGILANCIA N.º 23).

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN: EN LOS DEPARTAMENTOS... 0.30 EN LOS ESTADOS... 1.20 LOS SÍNDICOS... VALER 5 CENTAVOS.

DEL CAMPO ENEMIGO. TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.

¡Cuanto nos apres a abandonar al poeta lírico para ir a seguir al poeta crítico que lleva por todas partes, al templo, a la c...

cuando, al de una manera figurada, entre dos mundos, ó dos feminas, uno que la propiedad retórica exige diferencia de acentos entre los dos protagonistas. Tampoco dirá al arrogante poeta que la ciencia jamás adula al materialismo, sino que aquella suele condicionar al saber hasta decir: ni que el mismo no anuncia el vértigo sino que lo produce, en esa fuerza que la ciencia llama orgánica, y por último, que las esponjas sólo para el riego tienen poros, pues lo que las caracteriza es su constitución alveolar.

¡Cuanto nos apres a abandonar al poeta lírico para ir a seguir al poeta crítico que lleva por todas partes, al templo, a la c...

¡Cuanto nos apres a abandonar al poeta lírico para ir a seguir al poeta crítico que lleva por todas partes, al templo, a la c...

LA NEGRA.

El tío Antonio quería en toda la comarca la especialidad en ciertos temas nada limpias. Cuando veía había necesidad de limpiar un asunto, una cosa a cualquier otro sitio por el castigo, se acudía a la casa del tío Antonio.

El cura madrugador.

A cierto clérigo que era madrugador le impacienta la superioridad que para la misma primera. Todo el clérigo llegó, y al quedar con grande pena salir a decir la misa, se alzó en un claro orgullo.

A UN RELOJ.

Jamás pudo mirar indiferente Tu meridiano como si no pesara, Ni seguir tu incansante movimiento Sin anclarme mi serena frente.

blicano —racionalista y demócrata— la pasión por Desdémona debía ser más grande que la insidia de Yago; sin embargo, debido a su talante femenino, la inocente adúltera debía resultar moralmente reprochable. En este mismo sentido, la Julieta shakespeariana hubiese resultado degradada debido a una inocua halitosis, en el mismo tenor en que la condición más notable del ideal de la virilidad hubiese resultado estoico en la pasión erótica desbordada de Romeo. Desde ésta, la hombría cuestionable de los “literatos azules” —decadentistas porfirianos de fin de siglo— hubiese sido la más influenciada ante los fueros genésicos de la reproducción. Cualquiera de éstos pudo haber sido cooptado por la seducción turgente de una pecaminosa femineidad, pero no así quienes más la menospreciaban debido a su conocimiento absoluto y pedestre de ésta: los médicos.

Quizá pretendiendo establecer un símil entre su némesis en la prensa conservadora y el pensador católico francés Félicité Robert de Lamennais, Frías y Soto metaforiza la exaltación ideológica reaccionaria como un síntoma de la hipertensión arterial: “Lamennais, siempre que escribía, arrojaba chorros de sangre por la nariz, que lo obligaban a interrumpir su trabajo: y aquellas epistaxis originadas por la congestión de su cabeza, solían poner en peligro su vida”.¹⁰ Es evidente que aquí Frías pone de manifiesto su perspectiva del padecimiento de la hipertensión como un mal fisiológico que se vincula con la hemorragia preventiva ante el infarto al miocardio o al encéfalo. Lamennais fue un pensador católico radical que comenzó su doctrina filosófica como contraparte de los ideólogos de la Revolución francesa, y que tendió más adelante hacia la doctrina social de la Iglesia católica; de manera que su pensamiento fue acercándose al marxismo durante la centuria. Quizá Frías solamente lo haya identificado como una

de las más altas inteligencias de la Reacción en Europa y lo haya preservado así en su repertorio intelectual, asociándolo con el conservadurismo mexicano y sus adeptos más entusiastas.

Por último, en cuanto al inagotable venero de su anticlericalismo, a principios de 1896, llegó al gabinete de lectura de Frías y Soto la primera novela de Amado Nervo, *El bachiller*. Al exponer su crítica sobre la *fabula prima* del escritor nayarita, Frías escribe: “la persecución del ideal es la enfermedad orgánica y secular de la raza humana, tan vieja como es ésta, y no del siglo XIX. Y el ideal que hoy enferma, sobre todo a los pueblos educados en la civilización latina, es el misticismo”.¹¹ Frías expone aquí de manera sucinta el credo de su momento político. Es muy significativo constatar de nuevo el hecho de que —para los liberales “rojos”— el providencialismo católico tenía poco que ofrecer a una sociedad mexicana en plena ebullición ideológica. De modo que nuestro galeno, en las postreras columnas de *El Siglo Diez y Nueve* en 1896, expone lo que considera la patología colectiva de la era porfiriana.

A manera de conclusión, es evidente que para Frías la corriente idealista de la filosofía se equivocaba, así como el resurgimiento del jesuitismo en el Porfiriato había llevado a las capas más altas de la sociedad a las prácticas católicas más tradicionales y a un piadoso alejamiento del racionalismo. De igual forma, a finales del siglo XIX se entronizaba en la narrativa publicada en la prensa un tipo de texto que constituía la novela moderna, llamada por Frías “homeopática”. Las grandes novelas decimonónicas de largo aliento, en las que se trataban los grandes asuntos del siglo, ya no tenían cabida para un público lector cada vez más acostumbrado a la acuciosidad del reportazgo. En el ocaso del periódico *El Siglo Diez y Nueve* y su centuria, el

“

A manera de conclusión, es evidente que para Frías la corriente idealista de la filosofía se equivocaba, así como el resurgimiento del jesuitismo en el Porfiriato había llevado a las capas más altas de la sociedad a las prácticas católicas más tradicionales y a un piadoso alejamiento del racionalismo

”

doctor Frías deploró la homeopatía de los relatos breves —cual chochos insustanciales— que se despeñaban en finales abruptos y forzados. En este sentido, percibe la “endósmosis” que hace permear la narrativa parisiense al interior de la mexicana, de modo que considera a *El bachiller* de Amado Nervo y a otras novelas breves de su tiempo como débiles imitaciones de una narrativa ya decadente en sí misma. Quizá su personalidad obcecada velaba su mirada sobre el cierre definitivo del Liceo Hidalgo, a cuyas puertas este cancerbero ya no mostraría los dientes ante ningún enemigo del liberalismo puro ni del nacionalismo literario.

Notas

- ¹ El Portero del Liceo Hidalgo (Hilarión Frías y Soto), “La gloria. Juan de Dios Peza. (De *El Renacimiento*)”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 105, núm. 16851 (17 de febrero de 1894): 1.
- ² *Ibid.*, novena época, año 53, t. 105, núm. 16858 (24 de febrero de 1894): 1.
- ³ El Portero del Liceo Hidalgo, “A Eduardo López Bago y a Federico Gamboa. I”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 105, núm. 16890 (7 de abril de 1894): 1.
- ⁴ El Portero del Liceo Hidalgo, “A Eduardo López Bago y a Federico Gamboa. II”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 105, núm. 16896 (14 de abril de 1894): 1.
- ⁵ El Portero del Liceo Hidalgo, “El realismo en el teatro”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 105, núm. 16941 (9 de junio de 1894): 1.
- ⁶ El Portero del Liceo Hidalgo, “Nubes de gloria. Rafael de Zayas Enríquez. I”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 106, núm. 16964 (7 de julio de 1894): 1.
- ⁷ El Portero del Liceo Hidalgo, “‘A la orilla del mar’. Echegaray y Zorrilla. II”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 53, t. 106, núm. 16982 (28 de julio de 1894): 1.
- ⁸ El Portero del Liceo Hidalgo, “José María Vigil I”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 54, t. 107, núm. 17187 (6 de abril de 1895): 1.
- ⁹ El Portero del Liceo Hidalgo, “Del campo enemigo. Trinidad Sánchez Santos. II”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 54, t. 107, núm. 17232 (10 de junio de 1895): 1.
- ¹⁰ El Portero del Liceo Hidalgo, “Del campo enemigo. Trinidad Sánchez Santos. IV”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 54, t. 107, núm. 17249 (22 de junio de 1895): 1.
- ¹¹ El Portero del Liceo Hidalgo, “‘El bachiller’, por Amado Nervo”, *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 55, t. 108, núm. 17392 (14 de diciembre de 1895): 1.